

www.elboomeran.com

Juan Cárdenas
EL DIABLO
DE LAS PROVINCIAS
FÁBULA EN MINIATURAS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2017
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Juan Cárdenas, 2017
© de esta edición, Editorial Periférica, 2017
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-54-0
DEPÓSITO LEGAL: CC-276-2017
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Para la doctora Esperanza Cerón, mi madre.

Para mis hermanas, Alejandra y Juliana.

Las manos criadas por los simios con terrible esfuerzo cuelgan de las mangas de los evangélicos.

Robert Bly

Si accedes, ni tú ni ningún otro ser humano volverá a vernos; me iré a las vastas selvas de Suramérica. Mi alimento no es el de un humano. Yo no destruyo al cordero ni a su cría para saciar mi apetito; bayas y bellotas me proporcionan toda la nutrición que requiero. Mi compañera tendrá la misma naturaleza que yo y se contentará con idéntica ración. Haremos nuestro lecho de hojas secas. El sol brillará también para nosotros y hará madurar nuestros alimentos. La perspectiva que te ofrezco es pacífica y humana y has de conceder que solo podrías negarte en un gesto arbitrario de poder y crueldad.

Mary Shelley, *Frankenstein*

¿O nos perdimos, realmente, en el bosque?

Enrique Lihn

Cuando peor pintaban las cosas le salió el reemplazo en el internado de señoritas. La rectora del instituto de educación normal le explicó que la profesora titular tenía un permiso de maternidad y por eso lo habían buscado con cierta urgencia. Echó cuentas: pagaban mal, eran muchas horas, pero a esas alturas no tenía nada mejor. Estaba recién llegado, después de vivir más de quince años por fuera del país, y le habían bastado unas pocas semanas en el sofá de la casa de un amigo, en el centro de la capital, para darse cuenta de que sus títulos extranjeros no le garantizarían una plaza en ninguna universidad de primer nivel. Las personas como él, con las mismas o mejores credenciales, se habían vuelto una mercancía vulgar. Entonces resolvió que lo mejor sería rebajar las expectativas, probar suerte en la universidad departamental y pasar una temporada en la casa de

su madre. Compró el tiquete de avión más barato que encontró y se despidió de su amigo, el único que le quedaba en la capital, uno de los pocos que le quedaban en el mundo. Se conocían desde la infancia, cuando ambos soñaban con escapar de la esclerosis de su pequeña ciudad imaginando países remotos. Su amigo le preguntó si de veras le parecía buena idea. Mirá que es una pesadilla, le dijo, pensátele bien. Aquí te podés quedar todo el tiempo que haga falta. El biólogo se encogió de hombros y sonrió para que el otro entendiera que la ciudad chica, el casipueblo, ese lugar conservador y atrasado del que tanto se burlaban para conjurar el estigma de haber nacido allí, finalmente se las había ingeniado para devolverles el chiste. Vuelvo con el rabo entre las piernas, dijo el biólogo, bufo y solemne, me entrego a mi destino, y su amigo se rio con su risa de animal asustado. No quedaba de otra. Tocaba aprender a respirar por la herida y sonreír sin desprecio, incluso con cierta gratitud, celebrando que el sentido del humor provincial se hubiera revelado al mismo tiempo como una pequeña doctrina determinista. Cuidate mucho y saludame a tu mamá, le dijo su amigo, con el acento de allá. Así se habían hablado siempre, sin recurrir al melifluo tuteo con el que algunos paisanos intentaban disimular ante los demás el trato de vos,

la sorna cómplice, las consonantes aspiradas, el dialecto machetero del sur que el biólogo, a pesar de los años de exilio voluntario, no había perdido del todo.

A la semana de estar viviendo en la casa de su madre lo llamaron del internado. Una voz histriónica le dijo que alguien de confianza les había pasado las señas y el biólogo se quedó pensando quién sería el inesperado benefactor. Le tuvieron que repetir dos veces toda la información, no tanto porque no hubiera escuchado sino porque no acababa de asimilar lo que sería su vida cotidiana, al menos por un tiempo: haría un reemplazo en las materias de biología y ecología en cuatro cursos de un internado para señoritas, a las afueras de la ciudad enana.

Un par de días después, mientras iba por la carretera en un destartalado Mazda 323 y el sol de la mañana mostraba de a pocos la ondulación de los cafetales, el azul de la cordillera, se llenó de entusiasmo y tuvo por primera vez la impresión de que, después de todo, podría vivir allí de nuevo y acostumbrarse. Me adapto, pensó, sonriéndose por utilizar esa palabra. Pero casi de inmediato se puso a la defensiva: este paisaje es mentiroso como un diablo.